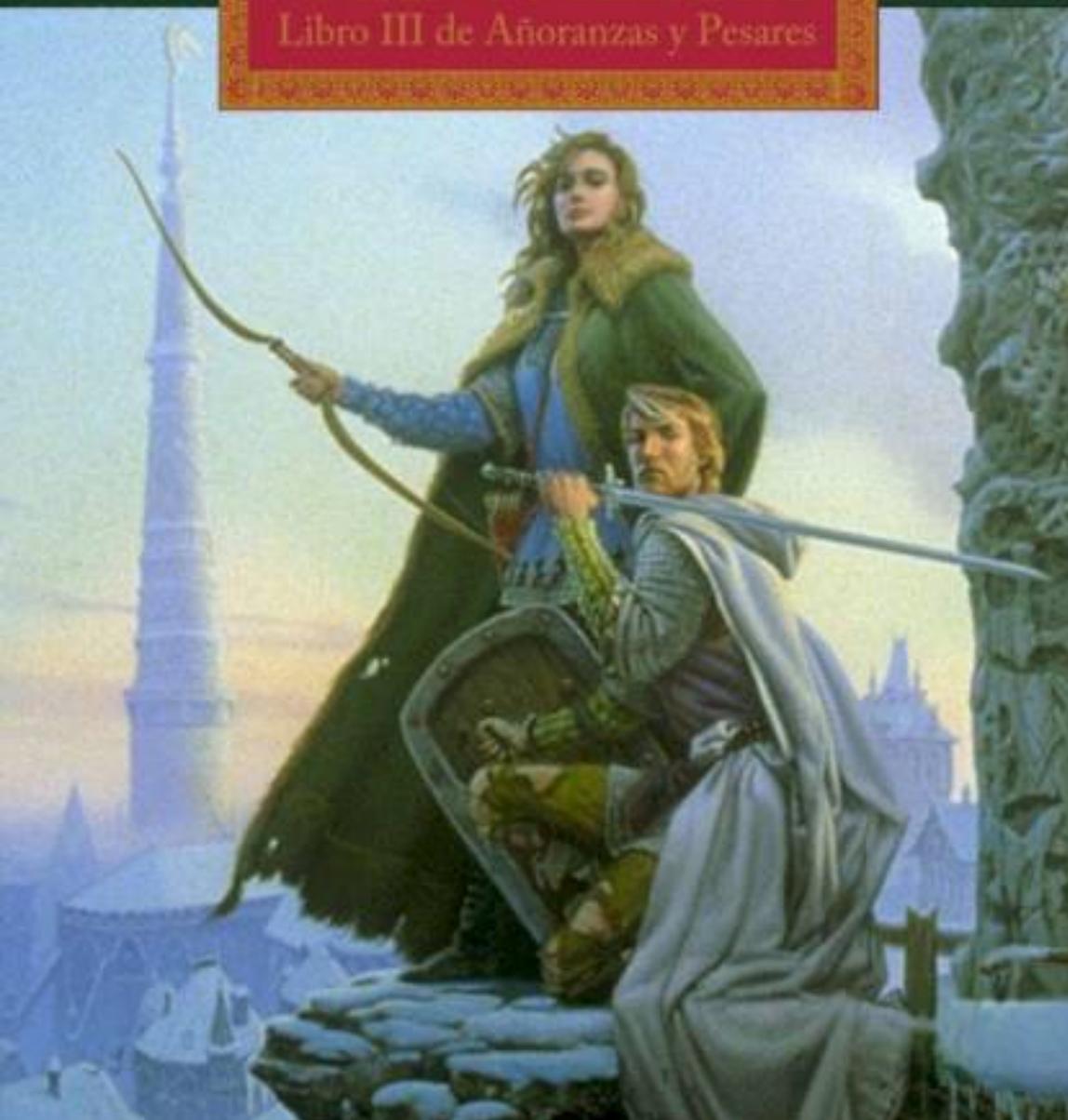


A TRAVÉS DEL NIDO DE GHANTS

Tad Williams

Libro III de Añoranzas y Pesares



En las entrañas del Pico de las Tormentas, Utuk'ku, reina de las nornas, teje la tela de los terribles acontecimientos que asolan Osten Ard y preparan el advenimiento de Ineluki. Las argucias y los hilos de la política en la sociedad humana son meras bazas que los poderes ocultos utilizan en su provecho. Las victorias en el campo de batalla, los descubrimientos, el pasado más remoto convertido en realidad presente, todo contribuye al avance del invierno glacial, incluso las buenas intenciones y la sabiduría más profunda se vuelven contra los que aún creen en los paladines de la paz y la justicia, y contra los propios paladines.

La reaparición de los fabulosos sitha, en cumplimiento de un compromiso legendario, hace enloquecer a aristócratas y villanos y causa asombro y terror entre los mismos pueblos con quienes se alían en el preámbulo del enfrentamiento definitivo entre fuerzas incomprensibles para la mente humana.

El nido de ghants, una vertiginosa espiral sin fin de sombras y barro, cuyo suelo hecho de carroña succiona como arenas movedizas, es el habitáculo de una especie de homínidos quitinosos y chirriantes, propios de los marjales del Wran, que sufren un trastorno repentino de su primitivamente animal. En ese laberinto de pesadilla deben internarse Miriamele y sus compañeros en su accidentado camino hacia la *Roca del Adiós*, donde Josua les aguarda junto con los cada vez más escasos miembros de la Liga del Pergamino, para la celebración del Raed que ha de precipitar la toma de una serie de drásticas decisiones.

NOTA DEL AUTOR

*Y la muerte no tendrá poder.
Los hombres muertos y desnudos serán
como el hombre en el viento y en la luna de occidente;
cuando sus huesos estén pulidos y ni éstos existan,
en sus codos y pies habrá estrellas.
Aunque enloquezcan, estarán cuerdos,
aunque se hundan en el mar, volverán a emerger
aunque los amantes se pierdan, el amor no desaparecerá,
y la muerte no tendrá poder...*

Dylan Thomas
(de *Y la muerte no tendrá poder*)

*Di la verdad, pero dila con tacto;
el éxito está en el rodeo.
Demasiado resplandeciente para nuestra debilidad
es la soberbia sorpresa de la verdad.
Suavizada cual relámpago para los niños
con amable explicación,*

*la verdad debe deslumbrar poco a poco,
o todo hombre quedaría ciego.*

Emily Dickinson

Esta obra está dedicada a mi madre, Barbara Jean Evans, que me inculcó el deseo de buscar otros mundos y de compartir con los demás lo que en ellos encontrara.

A través del nido de ghants, que es un pequeño mundo de angustias y de alegría, se lo dedico a Nancy Deming-Williams, con mucho, mucho cariño.

Muchas son las personas que aportaron su ayuda a estas obras, desde las sugerencias y el apoyo moral hasta unos cruciales conocimientos de logística. Eva Cumming, Nancy Deming-Williams, Arthur Ross Evans, Andrew Harris, Paul Hudspeth, Peter Stampfel, Doug Werner, Michael Whelan, el amable equipo de DAW Books y todos mis amigos de GENIE® constituyen sólo una pequeña muestra de quienes me ayudaron a terminar *La Historia Que Por Poco Acaba Conmigo*.

Mi especial agradecimiento es para Mary Frey, que hizo un tremendo acopio de energía y de tiempo para leer y —a falta de una expresión mejor— analizar el monstruoso original. Fue ella quien me estimuló cuando yo de veras lo necesitaba.

Y, desde luego, las contribuciones de mis editores, Sheila Gilbert y Betsy Wollheim, son de un valor incalculable. El gran interés demostrado es... culpa suya, y aquí tienen, por fin, su bien merecido castigo.

Mis más cordiales gracias a todos los mencionados y a todos los demás amigos e incondicionales a los que, aunque no los nombre, no dejo de recordar.

Nota: Al final del libro hay un índice de personajes, un glosario y una guía de pronunciación.

Prólogo

Guthwulf, conde de Utanyeat, movía los dedos de aquí para allá sobre la gastada madera de la gran mesa de Juan *el Presbítero*, preocupado por la anormal quietud. Aparte de la ruidosa respiración del copero del rey Elías y del choque de las cucharas contra los cuencos, el espacioso salón estaba en silencio..., mucho más de lo que habría debido estarlo cuando casi una docena de personas tomaban allí su cena. El silencio le parecía doblemente opresivo al ciego Guthwulf, si bien no tenía por qué resultar tan raro: esos días sólo unos cuantos comían en la mesa del rey, y quienes acompañaban a Elías parecían cada vez más ansiosos por marcharse sin tentar a la suerte con algo tan arriesgado como una conversación de sobremesa.

Unas semanas antes, un capitán mercenario llamado Ulgart, procedente de las Praderas Thrithing, había cometido el error de bromear acerca de lo ligeras que eran las mujeres de Nabban. Tal opinión era corriente entre los hombres thrithingos, que no comprendían que una mujer se pintase la cara y llevara vestidos que permitieran enseñar lo que, a juicio de los habitantes de los carrmatos, era una desvergonzada cantidad de carne desnuda. La grosera chanza de Ulgart habría pasado inadvertida en compañía de otros hombres, y, dado que eran pocas las mujeres que aún residían en Hayholt, únicamente varones se hallaban sentados

a la mesa de Elías. Pero el mercenario había olvidado —o quizá ni siquiera lo sabía— que la esposa del Supremo Rey, muerta por una flecha thrithinga, era una noble nabbana. Cuando fue servido el postre, consistente en una especie de flan, la cabeza de Ulgart ya pendía del arzón delantero de la silla de montar de un guardia erkyno, camino de las puntas que coronaban la Puerta de Nearulagh, para deleite de los cuervos que las poblaban.

Hacía largo tiempo que en la mesa de Hayholt no había una charla vivaz, se dijo Guthwulf. Ahora, las comidas transcurrían en medio de un mutismo casi fúnebre, sólo interrumpido por los gruñidos de los sudorosos criados —que trataban de suplir la falta de varios compañeros desaparecidos— y, de vez en cuando, por los nerviosos cumplidos de los escasos nobles y funcionarios del castillo que no podían rehuir la invitación del rey.

De pronto, Guthwulf oyó un quedo murmullo y reconoció la voz de sir Fluiren, que le susurraba algo al soberano. El anciano caballero acababa de regresar de su Nabban natal, donde había actuado de emisario de Elías ante el duque Benigaris, por lo que ahora ocupaba el lugar de honor a la derecha del Supremo Rey. El hidalgo había explicado a Guthwulf que la conferencia sostenida aquel mismo día con el rey no se había apartado de lo acostumbrado. Sin embargo, Elías parecía preocupado. Guthwulf no podía juzgarlo por su vista, pero las décadas pasadas en su presencia le permitían poner imágenes a cada inflexión de la voz, a cada una de las extrañas observaciones del Supremo Rey. Además, el oído, el olfato y el tacto de Guthwulf, que parecían mucho más agudos desde la pérdida del uso de sus ojos, se hacían todavía más finos en presencia de *Dolor*, la terrible espada de Elías.

Desde que el rey lo había obligado a tocar el arma, la gris hoja se había transformado para él en algo casi vivo; en algo que lo conocía y esperaba en silencio pero con temible percepción, como un animal que hubiese notado su

olor. La mera presencia de la espada le ponía los pelos de punta y hacía que todos sus nervios y tendones estuvieran en suma tensión. A veces, en plena noche, cuando el conde de Utanyeat yacía insomne, creía sentir la hoja a través de los centenares de codos de piedra que separaban sus aposentos de los del rey..., un plumizo corazón cuyos latidos sólo él podía oír.

Súbitamente, Elías echó hacia atrás su sillón, y el chirrido de la madera sobre la piedra sobresaltó a todos los comensales. Guthwulf se figuró unas cucharas y copas inmovilizadas en el aire, goteando.

—¡Maldito seáis, viejo! —rugió el monarca—. ¿Me servís a mí, o a ese cachorro de Benigaris?

—Yo sólo os transmito lo que dice el duque, señor —contestó sir Fluiren con voz trémula—. Pero estoy convencido de que no quiso faltarnos al respeto. Tiene problemas en sus fronteras con los clanes de los thrithings, y los wrans se muestran recalcitrantes...

—¿Y qué me importa a mí eso?

Guthwulf casi pudo ver cómo Elías entrecerraba los ojos. No en vano había observado con frecuencia los cambios que el enojo producía en las facciones del rey. Ahora, su pálida cara estaría cetrina y ligeramente húmeda. En los últimos tiempos, Guthwulf había oído comentar a los criados, entre murmullos, que Elías adelgazaba mucho.

—¡Yo ayudé a Benigaris a conseguir el trono! ¡Que Aedón lo maldiga! ¡Y le di un lector que no interferirá!

Dicho esto, Elías hizo una pausa. Guthwulf, solo a pesar de la compañía, oyó una fuerte aspiración de Pryrates, sentado frente a él. Como si creyera haber ido demasiado lejos, el rey se disculpó con una insegura y poco afortunada broma y reanudó una conversación más tranquila con Fluiren.

Guthwulf quedó pasmado durante unos momentos, pero luego se apresuró a levantar su cuchara y comer para disimular su repentina alarma. ¿Qué expresión debía de te-

ner? ¿Lo miraban todos? ¿Podrían ver su traidor sonrojo? Las palabras del rey sobre el lector y la contenida expresión de espanto de Pryrates resonaban una y otra vez en su mente. Los demás supondrían, sin duda, que Elías se refería a una influencia en la elección del dócil escritor Velligis como sucesor de Ranessin, el lector anterior. Pero Guthwulf sabía que no era así. La alteración de Pryrates al temer que el rey hablara demasiado confirmaba lo ya sospechado por él: que era el propio Pryrates quien había dispuesto la muerte de Ranessin. Resultaba evidente, pues, que Elías estaba enterado, y que quizás incluso hubiese ordenado el asesinato. El soberano y su consejero habrían hecho tratos con los demonios y eran responsables de la muerte del sumo sacerdote.

En esos momentos, y no obstante hallarse sentado a la mesa en compañía bastante numerosa, Guthwulf se sentía tan solo como pudiera estarlo un hombre en la cumbre de un picacho azotado por los vientos. No resistía tal carga de decepción y miedo. Había llegado la hora de huir. Prefería ser un mendigo ciego en los peores pozos negros de Nabban que permanecer un solo instante más en ese maldito y endiablado alcázar.



Guthwulf abrió la puerta de su alcoba de un empujón y se detuvo en el umbral para dejar que el gélido aire del corredor lo purificara. Era medianoche. Aunque no hubiese oído la serie de lúgubres tañidos de la Torre del Ángel Verde, habría reconocido el intenso roce del frío contra sus mejillas y ojos, el cortante filo de la noche cuando el sol se hallaba en su más remoto refugio.

Era extraño servirse de los ojos para sentir con ellos; pero, ahora que Pryrates lo había privado de la vista, resultaban ser, precisamente, su parte más sensible y registraban cualquier cambio en el viento o el tiempo con una sutileza mayor que la de las puntas de los dedos. Sin embargo, y pese a lo útiles que aún eran sus cegados globos oculares, había algo horrible en su uso. Varias noches había despertado sudoroso y jadeante por culpa de un sueño en el que se veía a sí mismo como un informe ser reptante, de cuya cara sobresalían una especie de carnosos pedúnculos, unos ciegos bulbos que se movían como los cuernos de un caracol. En sus sueños, Guthwulf todavía veía, y el saber que aquello que miraba era él mismo lo arrancaba angustiado de sus pesadillas una y otra vez para devolverlo a la verdadera oscuridad que ahora era su hogar permanente.

El conde salió al corredor, tan sorprendido como siempre de seguir en las tinieblas cuando pasaba de una habitación a otra. Al cerrar la puerta del cuarto y, con ello, dejar de recibir el calorillo del brasero, el frío se hizo más intenso. Guthwulf oyó el sordo ruido metálico de los centinelas armados que montaban guardia en lo alto de las murallas, al otro lado de la abierta ventana, y prestó atención a los crecientes aullidos del viento, que a su paso, y por debajo de su gemebundo canto, sofocaba el crujido de las cotas. Un perro ladró en la población que se extendía al pie del alcázar, y en alguna parte, donde el corredor daba varias vueltas, una puerta se abrió y volvió a cerrarse quedamente.

Guthwulf vaciló durante unos momentos, pero al fin se apartó unos pasos de su puerta. Si quería irse, tenía que ser ahora... Era absurdo permanecer divagando en el corredor. Debía darse prisa y aprovecharse de la hora: con todo el mundo cegado por la noche, él estaba casi en las mismas condiciones que los demás. ¿Y qué otra solución le quedaba? Se sentía incapaz de aguantar al monstruo en que el rey se había convertido. Pero era preciso irse en secreto.

Aunque a Elías apenas le servía ya para nada Guthwulf, un caballero incapaz de tomar parte en una batalla, el conde de Utanyeat dudaba que su amigo de otros tiempos lo dejase marchar así como así. Que un ciego abandonara el castillo donde le daban comida y alojamiento y huyese de su viejo camarada Elías, que lo había protegido de la justa cólera de Pryrates, olía demasiado a traición... Al menos, así lo consideraría el hombre que ocupaba el Trono de Huesos de Dragón.

Guthwulf llevaba algún tiempo reflexionando sobre el plan, e incluso había estudiado la ruta a seguir. Bajaría hasta Erchester, para pasar la noche en la abadía de San Suttrino. La catedral estaba casi desierta, y los monjes se mostraban caritativos con todos los mendigos que tuviesen suficiente valor para pasar la noche dentro de los muros de la ciudad. Luego, por la mañana, se mezclaría entre la gente que salía en dirección al Viejo Camino de la Selva, siguiendo hacia el valle de Hasu. Y desde allí... ¿adónde? Tal vez hacia las praderas, donde —según los rumores— Josua formaba un ejército rebelde. Quizá llegase a una abadía de Stanshire o buscara cualquier otro lugar donde refugiarse, al menos hasta que el inimaginable juego que Elías llevaba entre manos lo destruyera todo.

Pero ahora le convenía dejar de pensar. La oscuridad lo ocultaría de los ojos curiosos, y la luz del día lo hallaría ya a buen recaudo en San Suttrino. Había llegado el momento de partir.

Ya iba a echar a andar pasillo abajo, cuando notó a su lado una presencia ligera como una pluma... Un aliento, un suspiro, la indefinible sensación de que *allí había alguien*. Se volvió y alargó súbitamente la mano. ¿Intentaban detenerlo?

—¿Quién...?

Mas no había nadie. O bien, si realmente había alguien cerca, esa persona permanecía en absoluto silencio, burlándose de su ceguera. Guthwulf advirtió entonces una repen-

tina inestabilidad, como si el suelo temblara bajo sus pies. Dio otro paso y, de pronto, sintió la poderosa presencia de la espada gris, con su peculiar fuerza. Por espacio de unos segundos, el conde creyó que las paredes se habían derrumbado. Una violenta ráfaga de viento pasó a su lado, para desaparecer luego.

¿Qué locura era aquélla?

«Cegado y abatido. —Guthwulf estuvo a punto de llorar—. ¡Y con una maldición encima!».

El conde procuró endurecerse y se alejó definitivamente de la seguridad de su alcoba, pero la extraña sensación de trastorno lo acompañó mientras recorría los interminables pasillos de Hayholt. Insólitos objetos pasaron por debajo de sus palpantes dedos: delicados muebles y lisos y encastrados balaustres de complicada forma, algo que no recordaba haber visto en los corredores y salones del castillo. La puerta que daba a los alojamientos otrora habitados por las camareras se movió al no estar cerrada y, aunque a Guthwulf le constaba que aquellas habitaciones se encontraban vacías —la jefa había sacado clandestinamente de Hayholt a todas las chicas a su cargo, antes de su ataque contra Pryrates—, creyó percibir un vago susurro de voces en las profundidades. El conde se estremeció, pero siguió adelante. De sobra conocía la cambiante y poco segura naturaleza del castillo en aquellos días. Ya antes de perder él la vista, era un lugar misteriosamente inestable.

Guthwulf continuó contando sus pasos. Había practicado el camino varias veces, en las últimas semanas; treinta y cinco pasos hasta la vuelta del corredor, dos docenas más hasta el rellano principal, y desde allí salió al angosto Jardín de las Enredaderas, donde soplaban un viento helado. Otro medio centenar de pasos y se halló de nuevo bajo techo, a lo largo del corredor del capellán.

La pared resultaba templada al tacto, pero de repente se hizo quemante. El conde de Utanyeat apartó la mano

con un gesto de dolor y susto. Un débil grito llegó pasillo abajo.

—... *T'sí e-isi'ha as-irigú...!*

Guthwulf volvió a tocar la pared y sólo notó piedra, húmeda y fría como la noche. El viento le sacudió las ropas..., el viento o una insustancial multitud. La sensación de la presencia de la espada gris era muy intensa.

El conde corrió a lo largo de los corredores del castillo, pasando los dedos lo más ligeramente posible por la superficie de aquellas paredes espantosamente variables. Que él supiese, era el único ser vivo en esa parte de Hayholt. Los extraños sonidos y aquellos roces tenues como el humo o como las alas de una polilla sólo podían ser fantasmales imaginaciones, como se dijo, y no le impedirían seguir adelante. Sin duda se trataba de las sombras de los maléficos entrometimientos de Pryrates. Pero él no estaba dispuesto a permitir que le impidiesen la huida, ni tampoco a permanecer prisionero en tan corrupto lugar.

Guthwulf tocó la basta madera de una puerta y comprobó, con gran alegría, que no se había equivocado. Tuvo que luchar consigo mismo para contener un grito de triunfo y de inmenso alivio. ¡Había alcanzado la pequeña salida situada junto a la Puerta Mayor del sur! Al otro lado respiraría aire libre y se encontraría en los terrenos comunales que daban al bastión interior.

Pero, cuando la abrió y de un paso estuvo en el exterior, en vez de la gélida noche esperada el conde notó un aire caliente y el ardor de muchos fuegos en su piel. Y numerosas voces murmuraban, doloridas y preocupadas.

«¡Madre de Dios! ¿Se habrá incendiado todo Hayholt?».

Guthwulf retrocedió, mas ya no pudo hallar la puerta, y sus dedos arañaron unas piedras cuyo calor aumentaba por momentos. Los murmullos crecieron lentamente hasta formar un intenso zumbido de agitadas voces, suave y al mismo tiempo penetrante como el de una colmena. «¡Locura!

—pensó—. ¡Mera ilusión!». No debía ceder. En consecuencia, siguió adelante, siempre contando los pasos.

Pronto, sus pies resbalaron en el barro de los prados comunales, aunque sus talones golpeaban al mismo tiempo unas lisas baldosas. El invisible castillo era objeto de terribles cambios, ora ardiente y tembloroso, ora frío y tremendamente sustancial, todo ello en medio de un absoluto silencio, ya que sus habitantes dormían sin darse cuenta de nada.

El sueño y la realidad parecían totalmente entretrejidados, como si Guthwulf, en su personal negrura, estuviera envuelto por susurrantes fantasmas que confundían sus cuentas. Pero, aun así, el conde prosiguió su camino con la misma firme decisión que lo había asistido en tantas espantosas campañas como capitán al servicio de Elías. Avanzó pesadamente en dirección al bastión mediano, y al fin se detuvo a reposar unos instantes cerca —según sus titubeantes cálculos— del lugar donde otrora habían estado los aposentos del médico del castillo. Todavía se notaba el olor a madera quemada; alargó la mano y, entre sus dedos, unos restos se hicieron polvo. Guthwulf recordó distraídamente la conflagración que les había costado la vida a Morgenes y a otras personas. De repente, y como impulsadas por sus pensamientos, surgieron a su alrededor unas chisporroteantes llamas que lo envolvieron en fuego. Eso no podía ser imaginación suya. ¡Si sentía el mortal calor! Éste lo atenazaba como un aplastante puño, y era inútil que tratara de esquivarlo. El conde ahogó un grito de desesperación. ¡Estaba atrapado, atrapado! Nada lo salvaría de morir quemado.

—¡*Ruakha, ruakha Asu'a!*

Detrás de las llamas sonaban unas fantasmagóricas voces... Ahora, la presencia de la espada gris estaba dentro de él, dentro de todo. Guthwulf creyó percibir su música sobrenatural y, de forma más débil, el canto de sus extrañas hermanas. Tres espadas. Tres infernales hermanas, que ahora lo conocían.